

## PRÓLOGO

*(Al abrirse el telón están ya en escena –bastante atrás– los 8 actores <o más>, que son a la vez el coro <sería algo semejante a los dos semicoros de Lisístrata, uno de hombres y otro de mujeres, siempre en oposición y lucha>:*

*A la derecha (Oriente), 4 Amazonas, en hilera oblicua o en pirámide; a la izquierda (Occidente), 4 Griegos, en la misma simétrica posición que ellas <si son más actores, conviene que sea igual número de hombres que de mujeres>. Van vestidos unas y otros de guerreros, de manera muy semejante, pero con algunas diferencias que marquen algo su distinto sexo y sobre todo el carácter oriental –bárbaro– de ellas.*

*Al empezar la obra y encenderse la luz, enseguida se miran ambos semicoros y, blandiendo sus armas y con gesto de reto y lucha, se increpan con odio)*

GRIEGOS.– ¡¡¡Amazonas!!!

AMAZONAS.– ¡¡¡Griegos!!!

*(Después se adelanta, a modo de corifeo, el que está el 1º en cada semicoro y que no representará después el papel de protagonista en ninguno de los 3 actos. Hablan en parte al público).*

GRIEGO CORIFEO.– *(Con desprecio)* Las amazonas viven al margen de la civilización, en lugares lejanos fuera del mundo griego.

AMAZONA CORIFEO.– *(Con algo de sarcasmo)*

Habitamos en Oriente. No todo es Grecia.

GRIEGO CORIFEO.— *(Con desprecio)* Son muy peligrosas: mujeres indómitas, de temperamento agresivo y extrema ferocidad.

AMAZONA CORIFEO.— *(Con desprecio y sarcasmo)* Los griegos hablan de nosotras como si fuéramos monstruos; como si fuéramos, por ejemplo, centauros, mitad caballos. O como si fuéramos el Minotauro, o las Gorgonas, con cabellera de serpientes, colmillos de jabalí, enorme lengua y mirada petrificante *(Hace gestos de burla imitando a las Gorgonas)*.

GRIEGO CORIFEO.— No; ya sabemos que las amazonas sois mujeres normales de aspecto, incluso algunas puede que muy hermosas. Pero no resultáis por eso menos terribles que las propias Gorgonas. Por vuestro carácter: híbridas, al igual que los auténticos monstruos, mitad mujer y mitad hombre.

AMAZONA CORIFEO.— Nos dedicamos a guerrear, simplemente, igual que los hombres. *(Con orgullo)* Es natural, porque descendemos de Ares, dios de la guerra. Para ello nos crían desde niñas nuestras madres, y nos instruyen en todas las artes y tácticas militares *(Con desprecio)*, en vez de enseñarnos sólo a tejer.

GRIEGO CORIFEO.— ¿Y es necesario que viváis en una comunidad de mujeres sin varones?

AMAZONA CORIFEO.— Con vosotros perderíamos nuestra libertad y nuestra identidad. Los hombres intentaríais dominarnos, como siempre ocurre; hacernos cambiar a vuestra conveniencia. *(Con rabia creciente)* Domesticarnos, como a vuestros perros o a vuestros caballos. Sumisas, dóciles, serviles, oscurecidas, empequeñecidas, encerradas en el hogar:

así es como nos deseáis, y no os detenéis hasta conseguirlo (*Muy enérgica*) ¡De ningún modo!

GRIEGO CORIFEO.– (*Con desprecio*) Sin embargo, no podéis prescindir de nosotros, y nos utilizáis para vuestros propósitos, para poder perpetuar la especie. Buscáis un hombre con el que uniros momentáneamente y después, cumplida su función, lo echáis de vuestro lado.

AMAZONA CORIFEO.– (*Con sarcasmo*) ¿Te extraña? ¿No hacen también muchos hombres lo mismo con las mujeres?

GRIEGO CORIFEO.– (*Con mayor desprecio y repulsión, hablando ahora al público*) Pero de todo, lo más abominable es su comportamiento con los propios hijos: sólo aceptan a las niñas... Y en cuanto a los varones... o bien los entregan a su padre, o los abandonan, o los matan incluso. ¡Tan brutal es su naturaleza!

AMAZONA CORIFEO.– (*Protesta, defendiéndose*) Se los damos al padre; pero si él lo rechaza, ¿qué podemos hacer? Si nuestras leyes nos impiden mantener con nosotras a los varones, hijos o esposos.

GRIEGO CORIFEO.– (*Con odio*) ¡Inhumanas, repugnantes leyes!

AMAZONA CORIFEO.– Sin ellas se desintegraría pronto nuestra comunidad.

(*Se atenúa mucho la luz. Se aproxima el Cantor, el cantante que hace las veces del “coro” –que podía estar sentado entre el público– y se sitúa abajo del escenario en un extremo. Canta casi a oscuras, mientras se cambia la escenografía*)

## **PÁRODO**

(primer canto “coral”)

¡Mujeres rebeldes, indómitas!  
Amantes de la libertad.  
Por eso los hombres os odian:  
por no acatar su voluntad.

Os negáis a aceptar un amo  
de vuestra vida y pensamiento,  
decidido a domesticaros,  
a ser dueño de vuestro cuerpo.

No admitís estar sometidas.  
Por eso ellos os llaman monstruos:  
de hombre, mujer y fiera híbridas;  
seres viles y perniciosos

¡Mujeres de costumbres bárbaras!  
Al seguir vuestras propias normas  
por los griegos sois despreciadas.

¡Mujeres rebeldes, indómitas!  
Con vuestra propia identidad.  
Por eso los hombres os odian.

<<Otra opción para los entreactos (en sustitución de los estásimos o cantos corales de la tragedia) si no se dispone de Cantor: los dos semicoros de Amazonas y Griegos se colocan en la posición inicial de la obra y ejecutan una breve coreografía de danza, o, sin música, con movimientos de enfrentamiento simétricos, que puede finalizar con:

GRIEGOS.– ¡¡¡Amazonas!!!

AMAZONAS.– ¡¡¡Griegos!!!

Después, además, se podrían adelantar los dos corifeos para anunciar el Acto siguiente (y tras ello se retirarían a su extremo respectivo):

GRIEGO CORIFEO.– Heracles e Hipólita.

AMAZONA CORIFEO.– El cinturón mágico.

La acción se desarrolla en Oriente, en el lejano país de las amazonas.>>

## ACTO I

(Se enciende la luz. Por la izquierda (Occidente), <desde la perspectiva del público>, el lado de los Griegos, asoma un barco por la puerta. Desembarcan los griegos: Heracles, Teseo y Peleo. Con cautela, van inspeccionando el terreno)

HERACLES.– ¡Al fin hemos llegado a esta tierra!

TESEO.– Sí, Heracles, ¡al fin! Ha sido un viaje demasiado largo y duro.

PELEO.– Yo temía que no lográramos salvar tantos

obstáculos y que íbamos a perecer en el camino.

HERACLES.— (*Con odio*) Sin duda ese canalla de Euristeo sabía las dificultades en llegar hasta aquí y con la esperanza de librarse de mí me ha enviado a una misión tan absurda e inútil.

PELEO.— No lo ha conseguido... Pero aún nos queda lo peor.

HERACLES.— (Riendo sarcástico) No le va a ser tan fácil eliminarme, Peleo. (*Ahora con afecto y gratitud*) Y cuento además con vuestra valiosísima ayuda, amigos.

TESEO.— Entre todos realizaremos esta empresa; pero incluso tú solo lograrías el éxito, como siempre.

PELEO.— Aunque sean tareas imposibles las que te encomienda Euristeo, tú las haces posibles, Heracles. Tanto si tienes que matar a monstruos horripilantes como si debes desplazarte a lugares inaccesibles o robar objetos maravillosos.

HERACLES.— Pero esta misión de ahora no es sólo casi suicida, sino que, además, no tiene sentido. Es lo que más me exaspera: Euristeo nos obliga a arriesgarnos en una expedición tan difícil y aventurada (*sarcástico*) ¡por una razón “importantísima”!, porque su hija, esa chica caprichosa, digna de su padre, ansia poseer el cinturón de la reina de las Amazonas.

TESEO.— Pero ¿has pensado cómo podemos quitarle ese cinturón? Ellas son cientos y nosotros sólo un puñado de hombres.

PELEO.— Lo tendrá la reina bien guardado en su palacio.

TESEO.— Incluso puede que lo lleve ella misma puesto. (*Burlón*) ¿Se lo piensas arrancar del cuerpo?

HERACLES.— (*Riendo también*) No me parece mala idea.

Puede que la reina sea hermosa.

TESEO.— ¿Una amazona? Será hombruna: peluda y musculosa, con andares de oso.

*(Ríen todos)*

HERACLES.— Pero, hablando en serio, no tengo muy claro qué camino tomar: si debemos pedirles abiertamente lo que hemos venido a buscar y ofrecer a cambio importantes regalos, o bien, escondidos y lanzándonos por sorpresa, intentar raptar a alguna de ellas y exigir el cinturón como rescate. Empezar un ataque contra todas, en su fortaleza, es imposible. Las amazonas son muy agresivas y peligrosas, temibles más que ningún otro ejército. Ahora ellas se encuentran tranquilas en su patria. De modo que resulta una verdadera locura invadir sus dominios e incitarlas a que quizás entablen una nueva guerra. ¡Que por culpa de ese capricho banal de la niña puedan morir centenares de griegos!

TESEO.— ¿Crees entonces preferible que nos aproximemos a ellas en actitud pacífica?

HERACLES.— Pienso que sí: que vayamos al palacio de Hipólita solos tú y yo, Teseo, mientras los demás permanecéis en el barco, en espera, alertas, por si es necesario correr en nuestro auxilio. Les llevaremos presentes... Y *(Sonriendo con cierta burla de nuevo)* creo que conviene que nos pongamos bien guapos: bañados, ungidos y vestidos con nuestras mejores ropas.

PELEO.— *(De nuevo con las bromas)* ¿Pensáis que habéis venido a buscar esposa, en vez de a realizar una gran hazaña? Pues a mí no me gustaría llevarme a casa a una de estas salvajes. ¿Cómo dormir tranquilo junto a ella pensando que

puedes amanecer degollado?

*(Ríen todos.*

*Se apaga la luz.*

*Al otro lado del escenario –el de la derecha (Oriente), el de las amazonas– cuando se enciende la luz se ve el salón del palacio, muy sencillo: casi sólo el trono, igualmente sencillo y rústico, con una piel de animal salvaje que lo cubre. En él se halla sentada la reina, Hipólita; pero no en pose majestuosa, sino que está limpiando sus armas. A su lado, su hermana, Antíope, hablando con ella. Las dos visten con gran austeridad, con traje guerrero y sin adornos femeninos.*

*Del lado de la izq., por el centro del escenario, se acercan Heracles y Teseo, mientras los otros griegos permanecen en el extremo, junto al barco. Vienen encadenados, escoltados por las otras amazonas. Están ataviados con gran elegancia, como reyes, y no como guerreros. Cuando traspasan la línea central entre los dos lados y los ve Hipólita, ésta, muy sorprendida, se levanta de un salto)*

AMAZONA 1ª.– Estos hombres venían de la costa hacia el palacio. Los hemos apresado y traído a tu presencia, Hipólita.

HIPÓLITA.– *(Les contempla perpleja y admirada. Al fin reacciona. Se sienta)* Extranjeros, ¿cómo os habéis atrevido a venir a esta tierra de las Amazonas? ¿No sabéis que no aceptamos huéspedes de ningún tipo y que los griegos y los hombres son nuestros enemigos naturales? Habéis venido a una muerte casi segura. Habla, griego, ¿quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

*(Hipólita les ha hablado con altivez, cólera y, a la vez, asombro y algo de fascinación. Heracles se adelanta y toma*



*la palabra, mientras Teseo queda algo atrás, en silencio. De vez en cuando mira –más o menos disimuladamente– hacia Antiope, que le responde a su vez)*

HERACLES.–Yo soy Heracles, hijo de Zeus, y éste que me acompaña es Teseo, hijo de Posidón, y es rey de Atenas.

HIPÓLITA.– (*Con algo de admiración*) Heracles, sí... Tu fama ha llegado hasta aquí. El héroe más fuerte y valiente... (*Alti*) Sin duda te crees invencible y que vais a poder solos tú y tu compañero con todas nosotras.

HERACLES.– Venimos como amigos, y la prueba es que estamos desarmados: miranos bien (*Se aparta el manto*). No deseamos enfrentarnos a vosotras, Hipólita... Porque tú no puedes ser otra sino la reina Hipólita, hija de Ares. (*Heracles se inclina ante ella. Guarda silencio un momento mientras la mira, intensamente. Se miran uno a otro largo rato*)... Yo nunca antes había estado en contacto con las Amazonas. Tenía entendido que erais varoniles. No podía imaginaros... así.

HIPÓLITA.– (*Apartando ya la mirada. Le tiembla algo la voz*) Pero ¿por qué estás aquí, Heracles?

HERACLES.– (*Con firmeza*) Necesito tu famoso cinturón.

HIPÓLITA.– (*Muy airada, sorprendida*) ¿Mi cinturón? ¡Estás loco! Pero... ¿Cómo piensas que te lo voy a dar? ¡Qué desfachatez la tuya!

HERACLES.– A cambio de él te traigo objetos maravillosos de Grecia, que difícilmente podréis conseguir, fabricado alguno incluso por los dioses. Allí los tienes. Se han apoderado de ellos tus guerreras, cuando nos han capturado.

HIPÓLITA.– (*Muy altiva*) Ese cinturón no tiene precio. ¿Crees que vas a poder pagármelo con tus regalos, que para

nada queremos? Lo que necesitamos, ya lo tenemos aquí, o lo conseguimos con las armas, al despojar a nuestros enemigos.

HERACLES.— *(Acercándose a ella, la mira de nuevo intensamente. En tono suave, muy insinuante)* No pretendo comprarlo. Sé que su valor es inestimable. Pero te suplico que me lo des, porque para mí es una cuestión vital conseguirlo.

HIPÓLITA.— *(Dulcificándose algo)* Ése es el cinturón que me regaló mi padre, Ares. Es un objeto sagrado, mágico, que me corresponde como reina de todas las amazonas, y es el símbolo de mi fuerza y de mi poderío en la guerra.

HERACLES.— *(Convincente, con decisión)* No perderás tu fuerza aunque el cinturón pase a mis manos, porque tu padre seguirá infundiéndotela. Y a mí... me darás la vida, Hipólita *(Lo dice en tono medio suplicante, pronunciando su nombre con apasionamiento)*

HIPÓLITA.— *(Conmoviéndose, vacilando ya)* ¿Por qué? ¿Por qué es tan necesario para ti este cinturón, hasta el punto de arriesgar así tu vida y la de tus compañeros?

HERACLES.— Es una empresa que tengo por fuerza que cumplir. Yo soy vasallo del rey Euristeo, a quien me hallo sometido sin remedio desde mi nacimiento. Es un hombre cruel, mi mayor enemigo, que sigue a su vez las órdenes de la diosa Hera. Ella, la esposa legítima de mi padre, vuelca en mí todo su odio feroz, sus celos despiadados. Urden juntos intrigas constantes para perderme, me envían a misiones suicidas, como ésta, con la esperanza de que perezca o cometa algún fallo, y poder entonces lanzar el infierno contra mí... No sé si la muerte siquiera logrará librarme de esa espantosa carga. *(A medida que ha ido hablando, Heracles se ha ido alterando y*

*mostrando en sus facciones y sus gestos el horror de su destino; casi sollozando al final, se echa las manos al rostro. Hipólita se ha ido conmoviendo más y más mientras él hablaba)*

HIPÓLITA.– *(Muy conmovida, se levanta y se aproxima a Heracles. Le toca la cabeza, que él alza, y se miran. Una pausa muy larga)* Heracles... Yo... No quería que tú te hundieras en ese infierno que te amenaza. Si únicamente el cinturón de Ares puede salvarte, entonces es preferible que pase a tus manos, porque para ti es aún más valioso que para mí.

HERACLES.– *(Admirado, emocionado)* ¿Me entregas tu cinturón?

HIPÓLITA.– Mañana. Hoy lo tendré todo el día conmigo para que me transmita su mágica energía para siempre. Y mañana yo misma te lo llevaré a tu navío. *(Tras una pausa, susurrando, con gran emoción, timidez)* No sólo te entrego mi cinturón, Heracles...

*(Heracles le coge la mano, se la aprieta; se miran con pasión. Suelta ella al fin la mano del héroe y se dirige a las Amazonas)*

Amigas, quitad las cadenas a los extranjeros y acompañadles hasta su barco.

*(Se despiden Hipólita y Heracles con la mirada, y lo mismo Teseo y Antíope, aunque no tan abiertamente. Vuelven lo dos griegos por donde han venido, escoltados igualmente por las Amazonas, hasta que llegan a donde están sus compañeros, junto al barco. Ellas regresan al lado derecho, el de las Amazonas, de manera que quedarán de manera bastante simétrica en cada lado. Pero antes, mientras marchan los hombres, Hipólita avanza hacia la parte delantera del*

*escenario. Se apagan las luces, excepto una delantera más o menos central, tenue, azul, algo fantasmal.*

*Con emoción, pasión)*

Heracles ... Esta va a ser la noche más larga de mi vida. Me despediré de mi virginidad y esperaré ansiosa los goces del amor, que desconozco por completo. Soñaré con aquello que he ignorado y despreciado hasta ahora. No querré dormir, por no desperdiciar ni un instante de la delicia de imaginar... Heracles, yo no sabía que un hombre pudiera ser algo tan bello: su rostro, su cuerpo, su voz. Para mí hasta ahora un hombre era simplemente el enemigo: lanza contra lanza, caballo frente a caballo. Cubierto entero con la coraza y el casco, sólo dejando entrever la mirada fiera. Pero... todo lo que existe detrás, ¿cómo adivinarlo? ¿Cómo adivinar unos ojos tiernos, casi húmedos de emoción? ¿O unos ojos llenos de deseo? He perdido el pudor al sentirme desnudada por ellos... ¿Cómo adivinar las palabras en susurro, las manos acariciadoras? Anhele esas manos y esas caricias... He perdido el pudor. Lo he perdido, y no lo lamento, sino que sólo añoro lo que hasta ahora no poseí...

*(Se apaga la luz azul y se enciende la luz del lado de los griegos. Las amazonas siguen en escena, en el otro lado)*

PELEO.– *(Escéptico)* ¿Crees de verdad que va a acudir aquí la reina para traerte su cinturón?

HERACLES.– Así lo espero.

PELEO.– Pero resulta bastante increíble. ¿Por qué va a cometer semejante locura? ¿Arriesgarse a venir sola entre nosotros? ¿Dar a un desconocido su tesoro más preciado? ¿Por qué?

HERACLES.– *(Algo engreído)* Por amor.